



*Hay una música para
todas las cosas*



Rocío Paulizzi



LA SOFÍA
CARTONERA



Simples

Asalto al supermercado chino

Esos chinos todo lo pueden:
montar un supermercado
tener 2 hijos, de preferencia machos,
hablar, escribir, leer ideogramas
ser extranjeros
comer serpientes

Por ejemplo:
esos chinos del noticiero
-los dueños del supermercado-
viven el cuarto asalto en lo que va de enero y
se los ve inmutables ante pistolas, pasamontañas, rehenes, histeria
y las cámaras de telefé

El miedo es una serpiente crocante,
piensan,
mientras se tragan la carne del bicho
escupen sus vértebras
hacen billeteras con la piel.

Atrás puede ser un lugar muy lejos

*-----

A la derecha del cuadro
un árabe mira para atrás
hace mueca de hastío

mueve la mano por encima de la manga larga
quiere ahuyentar algo con su mano y
su manga de túnica árabe

el aire retiene
un instante
el dibujo de su ademán

--*-----

Lo que protege del frío protege, también, del calor.

Por eso viste hasta los pies con
una fina túnica
a esas horas
empapada.

Un árabe abrigado
atravesará mil desiertos
sobre un caballo necesariamente blanco

al caballo lo molesta un perro y por eso
-el árabe-
tiene cara de hastío
hace un ademán.

No es por el calor,
pienso yo,
porque lleva túnica blanca hasta
los pies.

Agua debería haber en el
interior de su
cantimplora.

--*---

Árabe mira para atrás
no sé si al perro
no sé si a una mujer

atrás puede ser un lugar muy lejos.

---*--

A la izquierda del cuadro
un árabe mira para atrás
hace mueca de hastío

es un árabe igual al otro

usa la misma túnica
tiene la misma barba, cara,
caballo blanco y perro

hace el mismo ademán.

----*-

Están en espejo
-los dos árabes-
miran hacia atrás
sienten hastío

sufren el dolor de sus potros idénticos

Es menester protegerse del clima con vestimenta adecuada,
piensa el árabe de la derecha
es menester alejar el caballo del perro,
piensa el de la izquierda.

Alguien debería poner
suficiente agua fresca
en el interior de sus
cantimploras.

----*-

El árabe a la izquierda del cuadro mira para atrás
quizás a nadie
quizás a una mujer

atrás es un lugar diferente ahora.

En el centro del cuadro
una caravana de mercaderes rompe la monotonía
parecen animales que se
volvieron domésticos

a diferencia de los árabes
ellos son distintos entre sí
sólo miran hacia
adelante.

Si siguen por el camino
van a salirse del cuadro, con sus camellos y sus ropajes,
y van a entrar al living de
la casa donde
me crié.

Cuando termine de pasar el último
comeremos un asado.

Mamá los hará bañar,
previo a sentarse a la mesa,
y yo serviré vino en copas de
vidrio azules.

Ese será mi último día en la casa donde me crié
y entonces la casa
será un lugar muy lejos,
que tendrá un gobelino hermoso,
y almorzarán, de vez en cuando, sobre la mesa del living
mi madre, los mercaderes y los dos árabes.

Habrà lugar en el patio donde
amarrar los camellos.

Larga duración

Ya nadie baila en los recitales

No hay una mesa servida pero
los cubiertos hacen ruido contra la porcelana azul.
Podría ser una reunión de amigos o bien
el recuerdo insistente del plato con el metal,
del metal con el plato, del plato con el metal.

Debo olvidar la idea de que ya nadie baila en los recitales, pienso mientras
mastico la comida imaginaria.

Debo dejar de pensar.

Está bien, me digo, y entonces
como. Hago de cuenta que como la comida imaginaria y
que el ruido viene de mi plato y
que interactúo con otras personas también imaginarias, sentadas
a la mesa.

Las personas sentadas a la mesa no son como las del poema de Casas, aunque
hay una embarazada y, afuera, la ropa en la soga aplaude para
el perro que mira sin ningún tipo de pasión, y que
tampoco existe.

Como. Interactúo. Trato de escuchar algo que no sean los cubiertos. Una
onda satelital emitida por seres de otros planetas. Una conversación en
la que ninguna de las personas diga la palabra yo.

¿Por qué las ollas al final de los arco iris están todas vacías? dice, de pronto, la hija que nunca tuve.

Ella me tironea la ropa. Busca respuestas que no puedo darle. Después se aburre, sale al patio, tira cosas que el perro no quiere buscar.

¿Cómo le digo a esa hija que escribir sobre arco iris en medio de un poema es un acto, por definición, suicida?

La hija que nunca tuve habla con las personas imaginarias de la mesa y cuando presente que ha perdido su atención se pone a cantar.

Ya nadie baila en los recitales, pienso, mientras la escucho cantar la canción del Mundial '90, en perfecto italiano.

Cuando termina se larga a llorar.

No es consuelo lo que recibe. Son aplausos.

Las camisas colgadas en el patio imaginario acompañan los festejos gracias al viento.

Sería bueno que el viento traiga algo de lluvia, digo, pero el alboroto tapa las palabras.

La hija que nunca tuve se queda dormida sobre dos sillas que juntó para hacerse una camita.

Sólo cuando ella se duerme las personas sentadas a la mesa callan.

Yo sigo escuchando el ruido de los cubiertos, como si fueran un tren que
no hace escalas y
pienso en los arco iris y en el sueño de la hija que nunca tuve
(las dos sillas haciendo camita)
y en los planetas
y en las personas que no bailan en los recitales y en
un poema que hable de todo eso.

Debo dejar de imaginar cosas.
Tengo que conseguirme un arco iris para cuando termine de
escribir.
Voy a suicidarme con uno de esos.

Belle époque

02:45

Vamos a dar una vuelta, decís y
antes de salir un tipo le
da un empujón a la chica más linda.
Le pregunta si se siente especial y
ella no contesta,
se ríe fuerte.

¿Son sus dientes los que brillan
o las chispas de los encendedores?

Los más chicos se van para allá,
hacen grupito.

00:37

El Sr. Sound baila y
yo me río re fuerte
chateo con una amiga
ella dice que quiere un
novio que le baile
y la haga reír

yo me muevo en la silla que gira y
se sube y se baja sola
soy una cantante punk en pleno show
escribo un poema y

saludo a Elisa, pongo que
me gusta la foto de
Nati Nin

el Sr. Sound baila y nos
olvidamos de todo

los únicos instrumentos que suenan
salen por esas cajas
yo escribo una poesía
soy una cantante punk en pleno show
digo por chat que ese novio ya viene
que está por llegar

05:15

Quiero escribir ese poema. El que dice que leés a Carver cuando
vas al baño y
después me contás todo, a
excepción de los detalles.

04:01

El pibe que saca fotos cree que somos hermanos.
Está por disparar.

Me gustaría saber adónde muere la música te digo, pero
vos no querés más preguntas.

Levantás la mano para tapar la cámara,
parecés un rockstar.

20:17

Me pasé la tarde leyendo epitafios.

07:30

Soñé que aprendía a tocar una guitarra.

Era la guitarra del Sr. Sound, esa que tiene un fondo negro y rayos de colores brillantes por todas partes.

Nada era fácil en mi sueño, no era como esas veces en las que uno simplemente vuela o salva a una población de una epidemia de hamsters.

Soñé que tocaba una guitarra –la guitarra del Sr. Sound– y que me costaba aprender.

Esta noche intentaré soñar que practico los ejercicios cromáticos:

1, 2, 3, 4 ó

1, 3, 2, 4 ó

4, 3, 2, 1

Si veo que no me salen voy a escribir un poema.

Un poema sobre una mujer que nunca aprendió a tocar la guitarra o un poema sobre una guitarra que no quiere que la toquen mal.

Voy a escribir un poema sobre una guitarra.

Espero que no se entere el Sr. Sound.

16:30

Cuando no estás
me gusta dormir de tu lado de la cama
usar tu bata después de bañarme
sacar lo que queda de talco en tus zapatillas para
ponerlo en las mías.

00:01

Quiero ese poema.

25 de mayo

Escuchamos música y
bailamos un rato
y entonces vos tenés 70 y
yo 60.

las arrugas de nuestras caras hipotéticas se pegan
se meten una dentro de la otra
inventan una
nueva cara

algunas cosas son ciertas ahora, pienso

Afuera hay sol,
las venas de la planta hacen lo suyo.

Se casa una vieja

El Sr. Sound mira el partido de Boca y putea.

Toca la guitarra (o practica) y
tararea una de Blur.

Me pregunta qué pasa cuando llueve y,
a la vez,
hay sol.

Hay una música para todas las cosas

Banda de sonido

“Walter White es un aplicado profesor de instituto, padre de un joven discapacitado y con una mujer embarazada. Walt, además, trabaja en un lavadero de coches por las tardes. Cuando le diagnostican un cáncer pulmonar terminal se plantea qué pasará con su familia cuando él muera. Por ello decide contactar a Jesse, un antiguo alumno suyo, para fabricar y vender metanfetamina y así asegurar el bienestar económico de su familia. Mientras tanto, el acercamiento al mundo de las drogas y el trato con traficantes y mafiosos contamina la personalidad de Walter, el cual va abandonando poco a poco su personalidad recta y predecible para convertirse en alguien sin demasiados escrúpulos cuando se trata de conseguir lo que quiere”.

Sobre “Breaking Bad”
FUENTE: Wikipedia

En Albuquerque las bolsas de los muertos son blancas

1. Skyler

Las mujeres como vos
se afeitan las piernas todos los días y
duermen con el celular prendido
junto a la cama.
Sueñan con alguien que llama en medio de la noche y
que salen como rayos, o como camiones,
con capas y muñequeas
–puñitos al frente para proteger las uñas–
a romper mandíbulas,
a tirar patadas.
Lloran cuando despiertan porque saben
que sus patadas de amor
nunca salvarán sus casas de la venganza de los narcos,
lloran y se miran los puños,
la sangre que quedó en el medio de la palma,
lloran y
se rascan las piernas.

Las mujeres como vos son una casa,
una casa limpia con el pasto crecido por dentro y
sin alarma.

2. Walter

Hubo un momento en el sentiste que todo estaba mal.
Fue como cuando te diagnosticaron cáncer y
empezaste a tomar decisiones apresuradas y
a hacer cálculos sobre el costo de vida y
la tasa de inflación.

Curiosamente, Skyler se había embarazado la víspera de tus 50 y
habían discriminado a tu hijo la última vez que fue a
comprarse un jean.

Hubo un día que no pudiste más y
entonces apareciste desnudo
en medio del autoservicio.

Un día que engañaste a tu cuñado
porque necesitabas tiempo para hacer chatarra la Van
donde cocinabas esos cristales,
tan puros como los diamantes que solía robar Marie de
las joyerías del centro.

Sombrero negro, gafas de sol, un socio yonky y un
seudónimo alemán
fueron tus signos antes de meterte
con el tipo de las pollerías.

Mientras, tu nombre se agrandaba en
las oficinas de la DEA y
vos seguías dando clases a los adolescentes
en el Instituto.

Ahora que estás en remisión no
puedo evitar preguntarte:
cuándo supiste que debías aprender a disparar un arma,
cómo pudiste envenenar a un nene usando las bolitas de esas flores,
qué le dijiste a Don Salamanca, esa tarde de viento, para
convencerlo de que explotar era una forma de morir,
de ganar.

3. Hank

Espero que cuando leas esto no haya nubes.
Es increíble cómo las nubes
pueden cambiar el sentido de las palabras,
volverlas más tristes o
más azules.

Es increíble cómo pega el sol en El Paso.
Lo saben las plantas y por eso llevan años adaptando sus hojas
para subsistir ahí,
para ser fecundas a pesar de todo.
Yo supongo que hay quienes adoran el desierto y
el color opaco de todas esas plantas.
De hecho
creo que nosotros, Marie,
adoramos el desierto.

Imaginate el verano en El Paso,
todo ese campo seco por definición.
Cuando estás ahí,
un martes a las 2 de la tarde,
cualquier cosa te parece lejos.
A veces pienso que la inmensidad
está hecha de tierra, pasto y
animales que se camuflan.
Creo.

Imaginate que estás ahí,
ese día y a esa hora,
y que de pronto ves algo en movimiento
entonces agarrás los binoculares
y al hacer foco te encontrás con que esa cosa
es una cabeza de indio atada a una tortuga.
Después te das cuenta de que esa cara te resulta conocida.
Después, de que sabés su nombre.
Y de pronto, te sentís descompuesta,
y querés vomitar,
y el corazón se incomoda,
como si quisiera salirse del cuerpo,
y entonces te acercás al auto en busca de bolsas para evidencias y,
mientras los demás agentes te dicen cagona,
uno levanta la cabeza del indio y
la tortuga explota.
Explota.
Explota en el medio del lugar donde todo es lejos.
Una bomba que no te rasguña porque estabas adentro del auto.
Una bomba que mata a un compañero,
amputa a 3,
y a vos te devuelve a Albuquerque
por “considerar que no estás a la altura de las circunstancias”.
Imaginate.

Mañana estaré volviendo y en verdad no sé
qué les voy a decir a los compañeros del cuartel
¿Que los narcos de México
son más creativos que los gringos?
¿Qué no puedo dormir desde que maté a Tuco Salamanca?
o ¿que tengo ataques de pánico
cada vez que subo al maldito ascensor de la DEA?
No puedo.
Sólo puedo escribirte estas pocas palabras

y esperar que no haya nubes
y esperar, también, que deje de soñar con la tortuga,
con la cabeza cortada a la altura de la nuez,
con el compañero muerto,
con los 3 que dejaron sus piernas como alimento para pumas.

¿Sabés?
Anoche tampoco dormí.
Y vos estás lejos como todos esos campos,
y yo estoy solo
muerto de miedo,
haciendo de cuenta que peleo contra los narcos imaginarios
y contra los de verdad.

Hay en la mesa de luz una pastilla blanca y un vaso de agua.
Mañana cenaremos juntos.

Tuyo.

Hank

4. Jane

Cuando terminaron las pericias
tu novio entendió
que mezclar cristales y heroína
no era un buen plan.

Vos tenías que ir a tu reunión de gente que
deseaba rehabilitarse
pero el socio de tu novio
te dejó morir
ahogada
en tu propio vómito
-creo que Walter ama a tu novio-.

Después
la policía te sacó
adentro de una bolsa blanca
y tu novio se puso una campera para
tapar los pinchazos.

Eras la arrepentichica
en un dibujo para tatuar y
tu vida cabía
en el líquido de esa jeringa,

dos días más tarde
tu papá
haría chocar 3 aviones.

5. Jesse

Ey!

Yo!

Yo no puedo dejar de escucharte.

Tengo miedo de apagar el teléfono porque pienso

que quizás me estés llamando.

Sé que en algún momento el contestador dejará de hablar por vos,

porque así las compañías de celulares o

las baterías, las baterías que siempre se acaban cuando

más necesitamos que permanezcan

latentes,

de pie,

baterías de pie para que siempre

Ey!

Yo!

Yo tendría que haberte puesto una batería sin fin. Debería haberlo

hecho

mientras dormías un día

(Cómo no lo pensé. Soy un idiota)

Y ahora estoy gastando esta batería sabiendo

que no sos vos la que responde

que no podés porque la voz se te volvió temblor suave

para hormigas que viven en cuevas y se quedan chiquitas,

tambaleantes,

esperando que pase,

como yo

que espero

que algo pase y te traiga

a la silla

que quedó sin cuerpo, al lado de la mía, frente al televisor

Mañana cuando esté de pie
voy a hacer un holograma con tu nombre.
Lo haré antes de que tire la última colilla que dejaste
toda pintada de rojo en
el cenicero del auto.
Voy a hacer un holograma tuyo y uno mío.
Vamos a ser los hologramas más bellos del mundo.
Vamos a hacer de cuenta que existimos y no existimos
y así
hasta que pasen todos los días en los que ya no estuviste
mientras yo
Ey!
Yo!
Ahora que estoy solo
pienso
que no sé qué voy a hacer con esta muerte,
no es algo que se cure con
rehabilitación.

6. Graffiti

En Albuquerque las bolsas de los muertos son blancas.

No hay rayos que puedan absorberse a sí mismos,
irse más allá con mujeres que se vuelven heroínas de noche y
fantasmas de día.

En Albuquerque las bolsas de los muertos son blancas,
son las caras de los muertos y el
hilo con que se cosen sus labios,
pieles transparentes cubiertas de tatuajes,
graffitis en calles de carne antes viva por donde ahora
deambulan insectos.

7. Gustavo

Aquí yace quien sembró su cara
en las piedras caídas del Hogar de Ancianos,
el jefe narco escondido
detrás del mostrador que expende pollo frito y
gaseosas.

Crecerán flores negras de esa piel,
de esos escombros.

Sus matones, apretadores, mozos, cajeros, yonkis, proveedores y
cocineros
lo echarán de menos.

Sus muertos y esclavos no.

8. Waldo

Creo que no me morí. Creo que los muñecos no se mueren nunca. Yo estaba en un momento volando hacia alguna parte y en otro, no sé cómo, nadando en una pileta de agua amarga. Los muñecos de peluche no fuimos hechos para nadar. Tampoco para perder un ojo, aunque eso es más común. Además, creo que olvidé mi nombre. Debe ser a causa del fuerte traumatismo que me provocó el choque contra el agua. Un segundo seco, otro en llamas, después mojado, más tarde tuerto. Así los últimos instantes que he vivido. Podría decir que tuve miedo pero no sé qué es. Tengo la sensación de que he dejado de vivir y de que estas palabras no son más que las cosas que se dicen los muertos a sí mismos cuando todavía el corazón les late por inercia. No. No voy a decir que tengo corazón y estómago sintéticos. Eso sonaría muy cursi. Aunque no me importaría ser cursi si ya estoy muerto.

Afuera hay unos tipos con trajes espaciales dando vueltas alrededor de la pileta. Me sacan pero no me secan. Creo que estoy adentro de una bolsa. Creo que los humanos tienen muy poca imaginación. A propósito, ¿alguien sabe mi nombre? Debería estar anotado en alguna parte. Algo así como: “Osito de Peluche” o “Juguete”, o simplemente “Waldo”.

Ahora cierran la bolsa y creo que nunca volveré a estar seco. Lo único que sé es que van a salirme hongos. Creo que será mejor tratar de descansar. “Hablaré de todo cuando recupere mi ojo”, le digo al tipo vestido de traje ridículo, pero no me oye o se hace el boludo. “Cuando recupere mi ojo y mi nombre”, le repito.

Agradecimientos: a Viejasound. A Pablo Natale y los habitantes del Taller de Adictos Anónimos al Afecto. A Yalan. A Mariela Laudecina. A Cecilia Pacella y La Sofía Cartonera. A Walter White y Jesse Pinkman.

Rocío Paulizzi nació en marzo de 1981, en Realicó (La Pampa). Cursó Comunicación Social en la Universidad Nacional de Río Cuarto, ciudad donde formó parte del grupo literario “El Grito”, trabajó en distintos medios y comenzó su actividad en prensa de artistas y shows. Desde 2005 vive en Córdoba donde trabaja como comunicadora institucional en el ámbito público y como prensa del sello Ringo Discos y Cosquín Rock. Es coautora del libro de poesías “Estado de Grito” (2005), y autora de “Ásono” (Ed. Cartografías, 2009) y “Ya nadie baila en los recitales” (Ed. Cuál Vinilo?, 2011).

Hay una música para todas las cosas

Hay una música para todas las cosas

